

# PROBLEMAS DEL BLOQUE SOVIÉTICO

ZBIGNIEW K. BRZEZINSKI,  
*de la Universidad de Harvard*

ESTE ARTÍCULO se referirá de un modo particular a las relaciones de la Unión Soviética con la Europa Oriental, a los cambios que han ocurrido en esas relaciones durante los últimos seis años, y, finalmente, a las posibles consecuencias de semejantes cambios.

## I. *El Stalinismo*

Nos hemos acostumbrado a ver el bloque soviético esencialmente como si fuera una unidad homogénea y monolítica, a la que ciertas aspiraciones e intereses comunes mantienen ceñida. Esta imagen del campo fue correcta en su esencia mientras Stalin vivió, porque no sólo le infundió una dirección y una fuerza personales, sino también le dio un patrón común de estructura "socialista". Stalin insistió en que algunas leyes universales debían regir el desarrollo de la sociedad comunista, y en que tales leyes universales procedían de la experiencia de la Unión Soviética, sobre todo durante el período de los dos primeros planes quinquenales, al comienzo de la tercera década. Creía que la experiencia de la Unión Soviética en destruir la antigua sociedad (o sea, en hacer lo que pudiera llamarse revolución totalitaria) y en levantar las instituciones de una nueva sociedad, creó ciertas leyes históricas universales que todas las sociedades gobernadas por partidos comunistas debían imitar. En consecuencia, mientras él vivió, el sistema soviético —el bloque soviético— se fundaba en el ingrediente del poder soviético, que afianzaba todas esas regiones, y en supuestos ideológicos comunes en cuanto a la forma de construir una sociedad nueva.

Este concepto era muy importante, porque dio al bloque determinados módulos comunes de acción. Sabemos ya por la política que la similitud y la conducta tienden a inducir la unidad, a ejercer presión hacia la uniformidad. Si contemplamos el bloque soviético tal como existía en 1953, cuando muere Stalin, podríamos decir que cinco rasgos generales lo caracterizaban.

En primer lugar, el campo confiaba el logro de su unidad, sobre todo, a controles políticos y a sistemas políticos idénticos. Los controles políticos operaban mediante las distintas instituciones del poder, tales como la policía secreta, las fuerzas armadas y, en grado menor, el partido. Usualmente requerían de una penetración de esas instituciones con personal del Soviet, personal que se esforzaba por garantizar que la llamada "estructura socialista" de todos estos estados imitara el experimento soviético de 1930, creando así la presión hacia la uniformidad de la que se habló antes.

En segundo lugar, podemos decir que en esa época al campo lo caracterizaba una subordinación esencialmente feudal de los diferentes líderes comunistas a Stalin, y de los estados comunistas que lo componían a la Unión Soviética. Se aceptaba en lo general la opinión de que cuanto había beneficiado o beneficiaba a la Unión Soviética, convenía al comunismo internacional, opinión que, por otra parte, Stalin mismo sostuvo con firmeza.

Tercero, sobrevino una declinación gradual del papel de la ideología en el mantenimiento de la unidad del campo. En su época inicial formativa —de 1945 hacia 1950— se daba mucha importancia a los lazos comunes ideológicos entre los diferentes partidos comunistas como medio de unidad. En verdad, la creación del Cominform en 1947 fue una expresión de esta perspectiva ideológica común. El Cominform refleja la convicción de que a esos partidos los liga un sentido común de propósitos históricos, y que éstos pueden reflejarse en una institución política común, el Cominform, que los mantendría juntos y aseguraría la unidad en la acción y en el propósito. Sin embargo, la defección de Tito y la creciente suspicacia de parte de Stalin en cuanto a que la sola ideología resultaría insu-

ficiente para obtener la unidad, condujo a rebajar la importancia de la ideología y del Cominform. En las últimas etapas del stalinismo, la ideología se hizo menos importante como medio de conseguir la unidad del campo, y fue reemplazada en un grado mucho mayor con el ingrediente del poder político en que Stalin confiaba. Stalin se entregó cada día más a la idea de que la visión unitaria no basta, y que, en consecuencia, deben utilizarse palancas políticas para mantener la unidad. Se verá después que esta opinión difería mucho de la política que se sigue hoy.

En cuarto lugar, puede decirse que este campo descansaba en un sistema de controles soviéticos indirectos que afianzaban a los líderes comunistas locales que confiaban en la experiencia stalinista de la Unión Soviética para fraguar su propia política. Los controles soviéticos no funcionaban en un sentido directo, como, por ejemplo, la dominación nazi de Europa, en la que existía una cadena directa de mando y una fuente de autoridad también directa. El intento comunista suponía mucho más un funcionamiento indirecto en el que se hacían grandes esfuerzos para conservar los elementos superficiales de la independencia y la soberanía nacionales. Sin embargo, los diferentes líderes comunistas sabían que, a falta de directivas soviéticas, el índice más seguro para seguir un patrón de conducta apropiado era copiar el experimento stalinista. Solía ocurrir que, para demostrar su lealtad, resultaban más stalinistas que la Unión Soviética. En la historia del bloque soviético se dieron casos en que Stalin tuvo que reprimir la pasión y la lealtad de sus subordinados de la Europa Oriental que querían sobrepasarlo en ser stalinistas. Y esto, como es de suponer, era tanto más efectivo cuanto que él no tenía que preocuparse del funcionamiento diario del bando, ya que podía confiar en su experiencia para guiar la conducta de sus subordinados locales.

Quinto y último, ciertas contradicciones en la política económica caracterizaron el campo. Por un lado se hacían esfuerzos para obtener la autarquía económica del bloque, y no sólo de éste, sino de cada uno de los estados comunistas. El esfuerzo para obtener la autarquía económica suponía un in-

tenso esfuerzo para industrializarse y colectivizar la agricultura con prontitud, así como hacerse de una amplia base industrial para que cada estado, en efecto, se bastara a sí mismo. Sin embargo, la autarquía económica estaba en pugna con el segundo aspecto de la política económica, o sea la intensiva explotación soviética: explotación económica de esa área. Es fácil ver que la política de explotación contradecía la política de conseguir una autarquía económica nacional. Nació entonces una tirantez tremenda dentro del marco económico, que condujo más tarde a una importante crisis en el sistema económico de la Europa Oriental y del bloque en general. Éste era, en breve, el patrón stalinista del bloque soviético.

## II. *La Era Posterior a Stalin*

Al morir, quedó eliminado del bloque no sólo el tremendo poder personal con que gobernaba Stalin y el enorme prestigio de que gozaba dentro de los partidos comunistas gobernantes, sino que, en realidad, quedó también eliminada su propia contribución a lo que el socialismo debía de ser. No se trataba sólo de una contribución humana, sino la de un sistema: un sistema de métodos y propósitos. Los sucesores de Stalin se dieron cuenta muy pronto de que sería imposible continuar con el stalinismo en la Unión Soviética después de su muerte, de que debía reajustarse su política, buscando nuevas soluciones y nuevos métodos. De esta admisión nació en febrero de 1956 el sorprendente espectáculo de que Jruschov emprendiera en el XX Congreso del Partido Comunista una crítica general del stalinismo como dogma y de Stalin como hombre; pero al considerar esa crítica, salta a la vista que los dirigentes soviéticos no consideraban ni al stalinismo ni a Stalin como manifestaciones absolutamente negativas. Sugirieron, en rigor, que el stalinismo y Stalin habían desempeñado una función positiva deseable, que abrió un camino en una fase dada de la Historia, la fase de la revolución totalitaria, de la destrucción de la vieja sociedad y de la construcción de la nueva. En esta etapa, pues, el stalinismo y la acentuada importancia que dio Stalin a una industrialización rápida, a una colectivización

intensa y pronta y al empleo de todos los instrumentos administrativos de coerción, estuvieron en lo justo y resultó un logro histórico positivo.

Pero el stalinismo no era ya necesario en 1956, cuarenta años después de la creación del Partido Comunista en la Unión Soviética; por tanto, no se trataba de repudiar el stalinismo como método de hacer socialismo, sino simplemente de definir su época histórica y declarar que había llegado la hora de reajustar la política. Y en verdad que, vista así, incierta como era todavía, la política del nuevo régimen resultaba en gran parte justificada. En la Unión Soviética creó una base más amplia de apoyo popular para el Partido Comunista: no puede caber duda de que ese Partido y el liderato personal de Jruschov tienen hoy mucho mayor apoyo popular que en cualquiera otra época de la historia soviética. Además, los dirigentes soviéticos pueden, por primera vez, permitirse el lujo de mantener la prelación de sus metas: fuertes inversiones de capital, desarrollo industrial soviético y rápido progreso militar y, a la vez, satisfacer las más exigentes demandas de su población. En otras palabras, esos dirigentes tienen ahora una más amplia selección de alternativas, y pueden mantener sus prelación y satisfacer los anhelos populares. Esto fue algo que el prolongado período de guerra comunista de Stalin, que en realidad subsistió toda su vida, no podía lograr. Jruschov puede satisfacer las exigencias de consumo, puede satisfacer algunas de las necesidades de habitación y resolver ciertos problemas agrícolas sin sacrificar en lo más mínimo las necesidades fundamentales del sistema soviético según lo entienden sus líderes. Jruschov, en este sentido, cuenta con una latitud de acción mucho mayor, y esto ha llevado a mucha gente a la equivocada conclusión de que el sistema está cambiando desde su base, o que el poder del régimen comunista se desgasta.

Esta suposición es un error grave. La verdad es que una de las cosas que Jruschov ha hecho, ha sido consolidar la fuerza del Partido Comunista. Al dispersar el ejército con la eliminación de Zhukov y una desmovilización parcial, al desparramar la administración del estado por medio de la des-

centralización, y al liquidar el poder de la policía secreta, Jruschov, de hecho, ha convertido al Partido en la fuente más importante de cohesión política y social del sistema soviético, adquiriendo así una fuerza que no había ejercido ni en los tiempos de Stalin. El Partido Comunista, totalitario y revolucionario, de la Unión Soviética, es hoy más poderoso que nunca. Jruschov le ha inculcado un sentido de propósito y de triunfo con sus éxitos interiores y exteriores, cosa que no ocurrió durante la vida de Stalin.

Sin embargo, lo que resultaba bien para la Unión Soviética, trajo consigo ciertos cálculos erróneos en cuanto al bloque. Jruschov, al minar el stalinismo, perpetuó en realidad un importante aspecto de éste: definió la política que debía seguir el bloque en función de la experiencia soviética. Y aun al rechazar el stalinismo, Jruschov hizo lo que Stalin había hecho: trazar la política de todo el bloque en función de la experiencia interior de la Unión. Stalin definió esa política al dictar la necesidad de imitar al stalinismo. Jruschov rechazó el stalinismo porque así lo imponía el desarrollo de la Unión, y olvidó, o descuidó, el hecho de que en la Europa Oriental y en el bloque, las instituciones soviéticas o comunistas han existido tan sólo diez años y no descansan en un apoyo originario ni son producto de una revolución también originaria. La raíz de los dramáticos acontecimientos de octubre y noviembre de 1956: la revolución húngara y el levantamiento político de Polonia, fue ese error. Sin embargo, la supresión soviética de la revolución húngara indicó muy claramente cuáles eran los límites exteriores de la des-stalinización en el bloque, y el Soviet intervino en Hungría para aclarar a todos los interesados cuáles eran los límites más allá de los cuales no podía forzarse la des-stalinización. A pesar de este hecho, sin embargo, una de las consecuencias de la des-stalinización de Jruschov y del continuo proceso de mutación que ocurre en toda sociedad, ha sido la persistencia de cierto número de problemas importantes dentro del bloque que hacen hoy de él un tipo marcadamente diferente del sistema de alianza de la era staliniana. A estos problemas deseo referirme ahora.

### III. *Los Problemas Interiores*

El bloque se enfrenta hoy a una serie de problemas que reflejan su nueva etapa de desarrollo, que pintan su fase post-staliniana y que sugieren que los dirigentes soviéticos y todos los líderes comunistas tienen ante sí cuestiones cada vez más complejas al manejar lo que en un tiempo fue un sistema de estados comunistas sencillo, uniforme, monolítico y homogéneo.

*Revisionismo.*—Es el primer problema, el del revisionismo en las filas de los partidos comunistas hechos gobierno. Como se sabe, es una vieja historia del movimiento comunista, y gira en torno a la antigua discusión sobre la relación histórica entre la “espontaneidad” y la “conciencia”. Debe recordarse que Jruschov intentó explicar en el curso de sus breves conferencias sobre historia, dadas en la televisión al público norteamericano, el significado de la frase “Nosotros los enterraremos a ustedes”. Trató de enseñar la relación que existe entre un cambio histórico espontáneo y una acción consciente intencionada. Dijo que el feudalismo conduce al capitalismo; el capitalismo, inevitablemente, al socialismo, y el socialismo desemboca en el comunismo. Y que aun cuando estos cambios son una progresión histórica natural, en ciertos momentos hay que empujarlos un poco. El Partido tiene que obrar en determinadas ocasiones como el sepulturero de la historia: ha de ayudar a enterrar los sistemas decadentes y dar a luz uno nuevo. Trataba de sugerir que la historia es como un parto: hay una evolución natural, gradual, y un momento revolucionario en que necesita la intervención de una partera para la historia, y el Partido actúa como una partera consciente. Pero éste es un asunto muy trapacero: ¿cuál es el momento en que la intervención “consciente” debe empezar? En torno a este asunto ocurrieron las divisiones iniciales dentro del movimiento marxista antes de la captura del poder.

Muchos social-demócratas (muchos mencheviques) sostuvieron que al comprometerse en un exceso de acción consciente se dejaba atrás a la historia y se destruía la inestabilidad del proceso histórico. Pero los leninistas decían: si no se obra

conscientemente, la historia no se abre. Este asunto se resolvió en cierto modo por sí sólo cuando los comunistas capturaron el poder. Hecho esto, Stalin lo resolvió insistiendo en la acción consciente; pero muchos comunistas, después de la des-stalinización, creen que Stalin exageró el elemento consciente, y que al hacerlo se embarcó en una violencia y un terror completamente innecesarios. Así, al reaccionar contra la des-stalinización, insistieron en que debe haber mayor espontaneidad en el desarrollo del socialismo: debemos tener mayor latitud, más moderación y conceder nueva amplitud a la libertad para que el socialismo pueda desenvolverse cabalmente. Por esta razón, muchos revisionistas se dedicaron a criticar cortantemente el sistema soviético.

Hay que recordar la declaración de un destacado revisionista polaco, que en su tiempo fue stalinista. Pretende contestar a esta pregunta: "¿qué es el socialismo?", a la luz de la experiencia stalinista. Esto es lo que dice:

Vamos a decirles lo que es socialismo, pero antes debo decir lo que no es. Sobre este asunto tuvimos otrora una opinión bien diferente de la actual. Y bien, socialismo no es una sociedad en la cual una persona que no haya cometido un crimen, aguarda en casa a la policía, sentada; una sociedad en la que una persona vive mejor porque no piensa para nada; una sociedad en la que una persona es desdichada porque dice lo que piensa y otra lo es porque no dice lo que piensa; una sociedad en que diez personas viven en un cuarto; un estado en que puede uno ser condenado sin previo juicio; una sociedad en la que una persona es infeliz por ser judía, y otra se siente mejor porque no lo es; un estado que cuenta con más espías que enfermeras y más gente en la prisión que en los hospitales; una nación en la que se le obliga a uno a ser ladrón; un estado que produce excelentes aviones de retropropulsión y zapatos malos; un estado en que los abogados suelen ponerse de acuerdo con el procurador del gobierno; un estado que quiere que todos sus ciudadanos tengan las mismas opiniones sobre filosofía, economía, literatura y ética; un estado que pacta con el crimen y adapta luego su historia a este hecho; un estado que pretende que su ministro de relaciones exteriores determine la opinión política de toda la humanidad; un estado que conoce siempre la voluntad de su pueblo antes de pedírsela; un estado en que los filósofos y escritores dicen siempre lo mismo que los generales y los ministros, pero siempre después de haberlos escuchado; un estado en que hay



trabajo esclavo; un estado que cree que siempre tiene la razón; un estado en que la historia es sierva de la política; un estado que cree que todo el mundo está enamorado de él, cuando, en realidad, ocurre lo contrario. Ésta es la primera parte. Pero escuchen ustedes ahora atentamente, y les diré lo que es socialismo. Pues bien, el socialismo es algo bueno.

En otras palabras, este hombre sugiere que si se rechaza la experiencia soviética, se logrará una buena organización socialista. No es de extrañar, así, que el partido soviético se preocupara cada vez más por estas opiniones que se generalizaban no sólo en el Partido Comunista Polaco y el Partido Comunista del Soviet, sino también entre los intelectuales de otros partidos comunistas en el poder, inclusive el chino.

Hoy no puede leerse una declaración importante sobre programas hecha por un líder soviético en la que no condene el revisionismo, tomándolo como traición al comunismo. En rigor, fue para subrayar la magnitud de la condenación del revisionismo como traición por lo que Imér Nagy, caudillo y héroe de la rebelión húngara, fue ejecutado hace algo más de un año para subrayar con un sacrificio humano la gravedad que los soviets conceden a este extravío. A pesar de ello, el revisionismo, que hace resaltar más, como se ha dicho, el elemento espontáneo en el cambio histórico y rechaza la acentuación de la acción consciente, persiste aún en los partidos gobernantes, sobre todo entre los intelectuales, y es siempre una amenaza latente a la unidad del bloque y a la dictadura del partido dirigente y la supremacía de la Unión Soviética en el campo. En este sentido constituye un problema persistente y de primera magnitud.

*La diversidad dentro del campo comunista.*—Éste es el segundo problema al que desearía referirme. De nuevo, durante la vida de Stalin, el campo se apoyaba en teorías y hábitos uniformes. Esto todavía es así exteriormente, de modo que en él existe considerable unidad verbal, que no hace, sin embargo, sino enmascarar una diversidad práctica cada día mayor. Puede ilustrarse mejor si se mira antes que nada a Polonia.

Polonia disfruta hoy —después de los sucesos de 1956, que

llevaron a Gomulka al poder con un régimen que se consideraba menos comprometido que los anteriores a la imitación del stalinismo —una cierta medida de autonomía interior que ha sido reducida por grados en los dos últimos años y que probablemente será restringida todavía más en un futuro próximo, pero que, de todos modos, indica la senda polaca hacia el socialismo como algo muy diferente a la de otros estados comunistas. Dos casos importantes ilustran esto.

Antes que nada, está el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Partido. Aquélla disfruta de relativa libertad, algo sin igual en todo el campo comunista. La jerarquía católica viaja libremente de Polonia al Vaticano; hace sus nombramientos y dispone de sus fondos, a pesar de los esfuerzos del régimen en contrario; rige su propia universidad; cuenta con una prensa propia, y hasta con varios diputados que suelen protestar en el parlamento contra la política oficial y que censuran los programas del partido gobernante. Por añadidura, los sacerdotes enseñan religión en las escuelas públicas. En este sentido, la Iglesia ejerce considerable influencia en Polonia, y la tiene por dos buenas razones, pues está íntimamente vinculada a la historia y al nacionalismo polacos. Esto último, porque los enemigos de Polonia no eran católicos, hecho que le ha dado un sentido tremendo de responsabilidad. La Iglesia significa tanto en la vida de Polonia, que el Partido Comunista no puede amenazarla a menos de embarcarse en una acción violenta total, cosa que no hará por dos razones: por temor a un retorno del stalinismo, y porque si lo hiciera, necesitaría apoyo exterior, esto es, del Soviet, cosa que traería consigo que el Partido Comunista Polaco perdiera la autonomía ganada en 1956. Así, tendría que pagar muy caro ese apoyo. Compartiendo los objetivos generales supremos del bloque, el Partido Comunista Polaco conserva todavía ciertas tradiciones anti-soviéticas. Se recordará que todos sus directivos fueron ejecutados por Stalin en 1938, cosa que seguramente ha dejado algunos recuerdos personales. En 1955 había todavía seis mil prominentes miembros del Partido Comunista Polaco en los campos rusos de concentración, y no fueron puestos en liber-

tad hasta en la era post-staliniana. De nuevo, éste es un elemento que puede hacer desconfiar de la necesidad de subordinarse de un modo completo a los Soviets, por lo menos en cuanto a los 6,000 ciudadanos que pasaron cerca de veinte años de su vida en los campos rusos de concentración.

La segunda diferencia importante en el caso de Polonia —y apenas la tocaré— es el problema del campesinado. Sólo un doce por ciento de los campesinos polacos trabaja en granjas colectivas; el resto es dueño de sus tierras en un estado comunista que pertenece al bloque comunista. Esta situación es bien diferente de la de otros países. El motivo es que el Partido no podía obligar a los campesinos sin el apoyo exterior, como lo había hecho antes de 1956. Pero en el momento en que los comunistas polacos perdieron el apoyo exterior —y mientras no deseen recobrarlo para conservar su autonomía—, no pudieron imponer la colectivización. Y hasta hoy, los más de los campesinos polacos viven de la propiedad privada, una paradoja y una anomalía dentro del marco del sistema comunista.

Y así seguirá ocurriendo mientras el Partido quiera conservar su autonomía. En tal sentido, éste es un importante elemento de diversidad, cuya significación puede apreciarse más marcadamente si se recuerda que otros estados comunistas de hoy, Checoslovaquia, Alemania Oriental y Bulgaria, mantienen una política que puede calificarse todavía de stalinista. Por tanto, en ese sentido, algunas políticas comunistas son, no sólo más radicales y coercitivas que las de Polonia, sino aunque las de la Unión Soviética.

A diferencia de la situación existente en 1953, cuando todas las naciones comunistas adoptaban una política semejante en su esencia a la de la Unión Soviética, se hallará hoy una situación donde existen regímenes más moderados, como el polaco, y regímenes todavía más radicales que los soviéticos. Existe, por tanto, esta diversidad en un sistema de estados que hace descansar su unidad no sólo en el poder del Soviet, sino también en propósitos ideológicos comunes que las élites comunistas comparten.

La divergencia práctica imprime un importante elemento

de tensión en esta perspectiva común. Y mientras se considere a Polonia, por ejemplo, como un estado comunista *bona fide*, existe el peligro de que otros estados comunistas quieran imitar el modo polaco de hacer socialismo, y no el soviético. A la divergencia yugoslava puede contestarse: "Bueno, sí, mas Tito es un mercenario de los imperialistas norteamericanos que vive del dinero yanqui"; pero Polonia es un estado comunista *bona fide*, que vive dentro del bloque. ¿Cómo podría justificarse que la conducta polaca resulte indebida en otras partes? Y si se dice que el estilo polaco sólo es propio de las circunstancias peculiares de Polonia, se abre la puerta para que otros comunistas digan: "Bueno, también nosotros tenemos circunstancias peculiares, que no se parecen a las de la Unión Soviética." En ese sentido, el elemento de diversidad produce una tirantez en la unidad del bloque. Por supuesto que los soviets se dan cuenta de esto. De allí que no haya sido casual que, como un preparativo de la conferencia cumbre, Jruschov haya venido esforzándose seriamente por reducir el elemento de divergencia: desea que los polacos regresen un poquito más a los patrones ortodoxos y alienta al mismo tiempo a los stalinistas a ceder un poco para acortar la diversidad y volver a una especie de medio camino de la posición soviética.

*Las Relaciones con China.*—El tercer problema general al que deseo referirme es el de las relaciones de China con el bloque, que es importante. Hasta la muerte de Stalin, China tuvo como primera preocupación sus problemas exteriores: sus fuerzas militares estuvieron comprometidas durante meses en Corea después de que murió Stalin, porque el conflicto coreano no terminó hasta entonces. A esto siguió la situación de Indochina y el conflicto con Formosa. Los líderes chinos, preocupados sobre todo por estos problemas internacionales, no pudieron enfrascarse en los interiores hasta 1955-56; en seguida advirtieron que no podían hacer "socialismo" imitando la experiencia soviética: los soviets, al forzar a la Europa Oriental dentro de los moldes soviéticos, podían sostener de manera artificial una situación alejada de la realidad gracias a la preponderancia de su fuerza; podrían hacerlo sólo por

un tiempo, y, aun así, apenas duró un momento después de la muerte de Stalin.

La situación de China era radicalmente diferente. Por una parte, el régimen comunista chino no había sido impuesto por los soviets ni se apoyaba en el poder soviético. En último análisis era un régimen originario, aun cuando los soviets lo hubieran ayudado en su revolución. Los comunistas chinos la ganaron, y por eso ellos eran quienes se enfrentaban con problemas que ellos mismos tenían que resolver, y su poderío se fundaba en sus propios recursos.

Por otra parte, la Unión Soviética no tuvo en los años treinta una base que sirviera al tipo de cambio político y económico de China: no había un punto de arranque económico, industrial, como lo había habido en la Unión Soviética, pues no existía el desarrollo industrial básico de la Rusia de 1914. No contaba con una red de comunicaciones, requisito inicial para el desarrollo económico; tampoco con centros urbanos industriales, y aun la organización de Manchuria había sido hecha pedazos por los rusos. En consecuencia, los dirigentes chinos tuvieron que resolver sus problemas según su propia situación peculiar, y, al hacerlo, debieron dominar en alguna manera enormes masas de población. Esto condujo al famoso experimento de las comunas populares. En el fondo, era un esfuerzo para introducir un control político-social en el campo por medio de organizaciones sociales en gran escala, y, al mismo tiempo, para utilizar a las masas chinas en un desarrollo industrial primitivo, mediante el uso de altos hornos locales y una forma industrial incipiente dentro de las áreas agrícolas.

Estos asuntos internos tienen una relación directa con el problema de las relaciones de China con el bloque, cosa importante porque China, en efecto, ha reiterado con su propia experiencia el derecho de un estado comunista a seguir su propio y peculiar camino hacia el socialismo. Los chinos intentaron justificar semejante cosa sugiriendo que por medio del acto revolucionario de organizar las enormes masas rurales de China y utilizarlas mediante organizaciones político-sociales en operaciones industriales primitivas, podrían saltarse la im-

portante etapa de desarrollo socialista por la cual había pasado la Unión Soviética bajo el régimen de Stalin, y brincar hasta el estado comunista. Esto fue como un reto directo a la supremacía del Soviet dentro del campo, porque —y deseo reiterarlo— esa supremacía no descansa solamente en el poder. Descansa también en sus títulos ideológicos, y en el hecho de que su partido fue el primero en intentar la construcción comunista; en tal sentido, tiene una experiencia única que han admitido los partidos comunistas gobernantes.

Este asunto importa también a los comunistas: aquí se presenta China sugiriendo que ella puede ser el primer estado comunista que llegue al comunismo, con lo cual pone inmediatamente en duda la primacía del Soviet dentro del campo. Los soviets, en respuesta a este reto, redefinieron entonces las etapas del socialismo y del comunismo. En una transacción con los chinos, anunciaron que todas las naciones comunistas entrarían juntas al comunismo. Cuando digo estado comunista, quiero decir estado gobernado por el comunismo, porque desde el punto de vista comunista, ese estado no es necesariamente una verdadera sociedad comunista, sino que puede ser simplemente una sociedad socialista. Sólo después de algún tiempo podrá un estado gobernado por el comunismo, y que es una sociedad socialista, llegar a ser una sociedad comunista. Los chinos, pues, sugerían que su estado, gobernado por el comunismo, podía saltar rápidamente a la era comunista, contrariando así la primacía del Soviet.

Se llegó a la transacción de que todos los estados comunistas entrarían juntos al comunismo; pero esto será posible sólo a base del desarrollo industrial soviético. Así, en efecto, anunciaron que todos entrarían al mismo tiempo, y se introdujo entonces un elemento de igualdad, pero de una manera rápida y clandestina se restableció la primacía del Soviet porque la igualdad sólo podría descansar en su propio desarrollo industrial.

Esta transacción satisfizo en cierto modo la sensación de urgencia de los chinos, además de restaurar la primacía del Soviet en el campo. Sin embargo, reiteró la dificultad cada vez mayor del problema de coordinar la ideología y los proce-

dimientos dentro del bloque, cosa con la cual Stalin no tuvo que entenderse. Esta coordinación es cada vez más necesaria debido a la relativa independencia del estado chino, que, a su vez, afecta a otros estados comunistas. O alienta a los estados stalinistas a atreverse con una política más radical en nombre del experimento chino, o puede estimular a los polacos a que se aten más estrechamente a los soviets para protegerse de los chinos. En uno y en otro caso surge un elemento de tensión que no se presentó durante la vida de Stalin.

Esto es todavía más evidente tratándose de la política exterior. Los soviets creen que alentando el nacionalismo y el neutralismo en las regiones menos desarrolladas del mundo, acabará por despertarse en ellas actividades sociales revolucionarias que desemboquen en una revolución comunista.

Los chinos no suscriben ya esta teoría. No apetecen ellos unas decenas de millares de kilómetros cuadrados en las montañas desérticas del Himalaya por una ambición nacionalista, según lo asegura erróneamente la prensa; se debe a que tienen una perspectiva diferente del neutralismo y el nacionalismo cuando presionan a la India. Los chinos están convencidos de que si se ayuda a los neutralistas y nacionalistas, tal como lo hacen los soviets, no se crearán las bases para una revolución comunista; al contrario, se reforzará lo que ellos consideran la pequeña burguesía de estos estados, y con ello el régimen nacionalista. En cierto sentido, les dicen a los soviets que "repetirán el error que cometieron en los veinte ayudando a Turquía, pues a veces se olvida que esa Turquía recibió ayuda de los soviets, y que Kemal Pasha, el creador de la moderna Turquía, recibió de ellos casi toda la ayuda con que contó. Los soviets lo hicieron porque esperaban que así transformarían la revolución nacionalista en comunista. Los chinos dicen que éste fue un error capital: se erró una vez en el caso de Turquía y se yerra ahora con Nasser y Nehru. La forma de habérselas con ellos es crear presiones en esos estados y aun retirar la mayor parte del apoyo comunista en el estado de que se trate, porque el tipo de apoyo que se retira no es un apoyo *bona fide*, sino que se da, en realidad, a unos cuantos nacionalistas que como simpatizantes o liberales se asocian a nos-

otros, pero no que están con nosotros. Lo que queremos es un núcleo macizo de comunistas que sigan los principios leninistas, a quienes no hallaremos sino cuando presionemos a esos estados. Entonces sí estaremos en situación de hacer una verdadera revolución.”

Esta perspectiva crea un elemento de tirantez en las relaciones mutuas de los estados comunistas porque significa un concepto diferente de las operaciones internacionales. De nuevo se requiere una palabra de precaución. No es probable que una relación tirante conduzca a un resquebrajamiento, pero se asemeja a las relaciones entre los aliados. Estados Unidos tiene continuas diferencias de opinión con los ingleses (Suez apenas es ejemplo extremo) o con De Gaulle acerca de la NATO. Ninguna persona sensata puede sugerir que la NATO está al borde del desastre y que Estados Unidos lleva el camino de romper con los franceses.

Estados Unidos no debiera, como mucha gente lo supone complacientemente, sentarse a esperar que los chinos y los soviets se embarquen en un conflicto, o que, como otros lo creen, a que los soviets pidan la ayuda norteamericana. Entonces —se dice— todo lo que necesita Estados Unidos es conceder a éstos un poco de crédito —y de paso lucrar con él— y los problemas internacionales de Estados Unidos quedarán resueltos. Ésta es una perspectiva demasiado estrecha para contemplar la política internacional; pero, aun así, creo que se complicará más y más este persistente problema en las relaciones chino-soviéticas, y que el campo comunista será un mecanismo cada vez más difícil de manejar.

Podemos volver ahora a las cinco características del bloque a las que aludí al principio. Descubrimos que subsiste la antigua confianza en los lazos políticos, sólo que ahora lleva consigo un elemento de diversidad cada vez más distinto, y que la uniformidad política sólo existe verbalmente. Esta uniformidad verbal encubre una diversidad creciente, que se domina en cierto grado con un continuado esfuerzo para integrar la política mediante reuniones multilaterales del Partido Comunista gobernante.

Segundo, las antiguas relaciones feudales han dado paso



a lo que podríamos llamar un sistema de jerarquía contingente, o sea, un elemento de contingencia o interdependencia que supone una jerarquía en cuya cúspide se encuentra la Unión Soviética. Ésta es ahora más sensible a las necesidades de los diferentes estados comunistas, mientras China ocupa una posición privilegiada en el campo y los soviets se avienen cada vez más a ajustar su política a la China.

Tercero, Jruschov está haciendo un esfuerzo concentrado para renovar el vigor de los lazos ideológicos, porque sabe que el elemento de poder personal de Stalin ha disminuido. En efecto, se hacen continuos esfuerzos para reiterar los lazos ideológicos comunes que atan entre sí a esos pueblos, y se les da, además, la forma de una "cruzada religiosa".

Cuarto, los controles soviéticos han desaparecido en el sentido de que no dominan de una manera personal la policía secreta, el ejército, etcétera; en cambio, son mayores los esfuerzos por equilibrar los intereses en conflicto y por llegar a un sistema de política y de acción que sea más o menos compatible con los objetivos supremos del bloque.

Y quinto, las relaciones económicas han cambiado, primeramente, en el sentido de haber disminuido la explotación directa soviética de los otros estados comunistas, y, segundo, mediante un esfuerzo para reemplazar la autarquía económica con la integración económica. Esto último con la esperanza de que la integración y la interdependencia económicas reduzcan la posible independencia de cualquier estado comunista, excepto los dos que, por definición, serían económicamente independientes, China y la Unión Soviética, dada su magnitud; pero en el momento actual, más particularmente la Unión Soviética, puesto que China depende todavía de otras naciones comunistas para organizarse. Los soviets esperan que de la independencia económica y de los lazos ideológicos pueda salir una nueva estructura.

#### IV. *Una Apreciación*

Las observaciones anteriores sugieren que no puede espe-

rarse que esos problemas culminen en la disolución del campo soviético; pero creo que no deben pasar inadvertidos porque apuntan a una situación en el bloque, nueva y mucho más compleja, que puede ofrecer a Estados Unidos una latitud mayor y mejores oportunidades a su política. Ahora estamos seguros de que puede perseguir una política más elástica; intentar tratar con un estado de una manera y con otro de modo distinto. Yo me opondría mucho, por ejemplo, a reconocer desde luego a la China Roja, porque es precisamente la diferencia de la política norteamericana con ésta y con la Unión Soviética el elemento contribuyente a alguna resquebrajadura que existiera entre los chinos y los soviets, pues ha de irritar a los chinos ver que las relaciones de Estados Unidos son mejores que con ellos. Esto era indiferente en la época de Stalin, pero hoy en día una situación así contribuye a que la tensión aumente. Sin embargo, hacer concesiones unilaterales a los soviets en negocios como el de Berlín, confirmaría probablemente su fuerza para triunfar, que es inherente a su ideología, y disminuiría las tensiones, que hoy son también inherentes al bloque.

De la misma manera, quien les permita alcanzar una superioridad tecnológica y militar avasalladora, fortalecería probablemente su sentido de invulnerabilidad, que ya existe y fue proclamada recientemente por Jruschov al anunciar que la Unión Soviética es ya el estado militar más poderoso. Esto crearía una situación que posiblemente hasta los soviets desean evitar, una situación ciertamente peligrosa para todo el mundo. Sería muy peligroso que su sentimiento de invulnerabilidad les haga reaccionar en una forma violenta y así se aminoren las tensiones que existen en su bloque.

Para terminar, Estados Unidos tiende a descuidar el importante arte de la política de prestigio. Es probable que tenga que enfrentarse a una situación en que las naciones subdesarrolladas, puestas ante la disyuntiva, decidan que el otro campo es la parte vital, dinámica del mundo, y que Estados Unidos es la parte estática, complaciente, sin sentido de propósito, como hoy parece serlo en muchos aspectos. Por tanto,

podría ser provechoso para las naciones poco desarrolladas unir su suerte al bloque soviético, a pesar de sus tensiones y problemas internos. Por tanto, Estados Unidos debiera cuidarse mucho de confiar demasiado en la "espontaneidad" como molde de la historia. Sólo si estoy en lo justo, los problemas a que se enfrenta el bloque se tornarían más agudos, y la ideología que lo ata comenzará a desmoronarse. He aquí dos elementos importantes que pueden ser el principio de ese desmoronamiento.

El primero es el impacto de los armamentos en la ideología. Cada día se hace más evidente que el impacto de los armamentos modernos obliga a los dirigentes soviéticos a ajustarse a la realidad. Hasta hace muy poco creían que el sistema socialista saldría vencedor de la guerra, que ello era un inevitable histórico. Pero cada día se dan mejor cuenta de que los armamentos modernos los obligan —así como a la parte contraria— a ser moderados porque, de sobrevenir la guerra total, es posible que ambas partes resulten destruidas. Esto, en efecto, introduce un elemento de racionalidad en el concepto ideológico de la historia, concepto cuyo fundamento han tenido como irracional y fanático los dirigentes soviéticos y el mismo Jruschov. No obstante, esto conduce a reconocer la necesidad de una moderación mutua, que tiende a modificar el fanatismo ideológico.

El segundo elemento de importancia que puede contribuir a la erosión de las ideologías es inherente al hecho de que ahora funcionan en un bloque de estados. Por tanto, ha de ajustarse a las circunstancias cambiantes de los distintos estados comunistas: Polonia, China y otros extremos del arco iris. Y esto lleva a uno de dos resultados. O bien se obliga a todas esas naciones a seguir el mismo patrón, como lo hizo Stalin, lo que exige acudir cada vez más al ingrediente de la fuerza para conseguir la uniformidad; pero si se llega al extremo de confiar en la fuerza, se consigue una decadencia de la ideología. Se destruye la confianza interior, porfiada y subjetiva del individuo en la ideología, porque con mayor frecuencia surgen situaciones en que más y más comunistas

reconocen que, en sus circunstancias, esa ideología tiene muy poco que ver con la realidad.

La ideología soviética será vital mientras refleje la experiencia y los problemas soviéticos; pero la ideología se torna estéril cuando se forza a un comunista polaco o chino a copiarla rígidamente. Esto sólo se conseguirá por medio de la fuerza, provocando así el proceso erosivo. A la inversa, se puede ser elástico, cosa que los dirigentes soviéticos tratan de ser en cierta medida. Se puede decir que conviene ajustarse a las diversas circunstancias nacionales; pero si se va a ser elástico, se socaba, en realidad, lo que de universal tiene la ideología. Se dirá constantemente que el sistema A y el sistema B, completamente diferentes uno del otro, son, sin embargo, comunistas. En realidad se dirá con ello que son comunistas métodos distintos de hacer comunismo. Al afirmarlo se dice, en rigor, que un sistema comunista no es un sistema comunista. Y así quedarán destruidos los lazos que unen a esos sistemas comunistas.

Pongamos por caso una variación en los procedimientos o hábitos de la religión católica: si existen indistintamente la poligamia y la monogamia, si lo mismo se permite a los sacerdotes casarse que no casarse, si se admite que un católico reconozca al Papa y otro que no, pero a todos se les llama católicos, se destruirá de una manera efectiva la fuente interna de cohesión de la iglesia católica. Lo mismo ocurre en un sistema ideológico orientado: si se vuelve demasiado elástico, resulta unificado solamente en la forma. Pueden llamarse todavía comunistas formalmente, pero en la práctica será un escudo verbal para una variedad de sistemas que serán bien diferentes uno del otro, y que inevitablemente acabarán por surgir conflictos entre ellos. Por tanto, éstas son las dos condiciones previas del desmoronamiento: del desmoronamiento que puede sobrevenir a una ideología.

Pero he de subrayar de nuevo que esto no ocurrirá mientras el sistema disfrute de una serie de victorias, porque sabemos por la historia de las ideas que nada imprime mayor vigor a un movimiento fundado en ideas que las victorias continuas. Mientras un sistema así pueda apuntarse una serie de triunfos

sin interrupción, puede sentir que la historia confirma sus presunciones. Y, mientras sea así, los problemas como los tratados aquí ocuparán un lugar secundario en el desarrollo del comunismo internacional.